

Sabemos de sobra que existen soportes en los que reposa la información que las sociedades han creado. Formatos impresos y ahora digitales contruidos a partir de eventos comunicativos en los que intervienen actores sociales que interactúan en un contexto específico. También sabemos que por la importancia que la misma sociedad le da a este conocimiento dicha información ha quedado plasmada en libros, revistas y documentos de diversa naturaleza que las editoriales, las bibliotecas, los museos y los archivos procuran preservar para beneficio público o privado. Este proceso, complejo por demás, permite que la sociedad acceda a unos saberes que estaban cautivos en las mentes de quienes los crearon; personas y/o grupos sociales que forjaron los discursos que ahora hacen parte de nuestra memoria y que sobreviven gracias al esfuerzo y la disciplina de un conjunto de individuos inquietos.

Esta gran tarea, la de ver el conocimiento con otros ojos, es decir, con los del profesional de la información que aprecia y resguarda la palabra escrita, hace que existan espacios documentales que por su organización y sistematicidad permiten comprender los procesos sociales y culturales que le han dado forma al pensamiento universal. Yo que respetuosamente me acerco a esta área del saber, les doy los méritos a quienes por milenios han reconocido el valor de esas palabras, de esos textos que contienen una información que merece ser preservada.

Hoy vemos con agrado unos, pero con indiferencia otros, la función que cumplen estos servidores y estos depósitos que amparan el legado material que conocemos como documento. Por desgracia no poseemos talento para predecir el futuro, pero del pasado podemos aprender que en estas prácticas hay una fuerza social que trasciende fronteras disciplinares y sobre todo imaginarios que ciegan la toma de decisiones frente a la manera de sistematizar, catalogar, preservar y, en definitiva, hacer que el conocimiento exista y se dé a conocer.

Ya Roger Chartier planteó una reflexión sobre la información impresa en su texto *El presente del pasado: escritura de la historia, historia de lo escrito*, reafirmando que se trata de un proceso de larga duración. Con esto queremos señalar que estamos frente a una serie de planteamientos de la cultura de lo escrito que deben ser atendidos; que con el análisis del *codex*, la invención de la imprenta y las revoluciones de la lectura podemos contribuir a entender cómo las nue-

vas lógicas de producción, distribución y recepción de la información están siendo articuladas a procesos sociales que sobrepasan lo técnico. Un camino que se está trazando constantemente y que plantea nuevos paradigmas para la sociedad del conocimiento.

Luis Carlos Toro Tamayo
Director/Editor
Medellín, noviembre de 2013